

Numero 11

Año I

El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

DIRECCION Y ADMINISTRACION: VILLANUEVA, 17, MADRID

23-JUNIO-1899



Luisa Gilboni

Fot. de Amador

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

EL ALBUM DE MADRID

23 DE JUNIO DE 1899

MORISCA

—¿Me recordarás aún, así como yo te recuerdo, gitanilla?

...Todavía te guardo en el corazón, tal como te hallé por vez primera en la colina de la Alhambra, en el camino de aquel bosque de álamos negros que va de la Cuesta de los Gomeles al célebre Alcázar morisco; todavía te guardo en mi corazón, tal como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril; descalzos los pies, humilde el vestido, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos profundos y diáfanos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo prendido en el moño muy negro.

Yo subía soñando con viejas cosas y tiempos viejos, pensando en Zegríes apuestos, Abencerrajes caballerosos y Gomeles arrojados. Por cada orilla del camino bajaba de la cumbre cantando un arroyuelo, y me figuraba que los dos arroyos iban diciendo, en su charlar indiscreto y continuo, historias de sultanas que amaron y fueron amadas en los jardines del Generalife, á la sombra de los laureles, por los senderos de arrayán. De cuando, en cuando en lo profundo del bosque, rompía el silencio una escala de notas temblorosas; eran los primeros ruiseñores, los ruiseñores de la primera cría que ensayaban sus tiernas gargantas. El sol, insinuándose por los claros del follaje, taraceaba fantásticamente el suelo con discos luminosos.

Y yo iba soñando con viejas cosas y tiempos viejos, oyendo con la imaginación el eco de zambras alegres y los suspiros de serena-

tas melancólicas, errantes, como sollozos de amor en el misterio perfumado de las noches granadinas.

De repente me ví en medio de un círculo de mujeres; unas viejas de rostro de color de bronce, fatigadas y mustias, las cuales pretendían explotar mi piedad, mostrándome en los brazos á sus pobres *churumbeles*, niños de ojos garzos y enigmática sonrisa arropados en pañales andrajosos; otras muy jóvenes de atrevido mirar, que llevaban flores en las manos y en el cabello, y mientras me ofrecían las flores de sus manos, me provocaban con la flor de su belleza, destinada á entreabrirse precozmente dejando correr de su corola, en un río de fragancia, el capitoso aliento de la tierra andaluza. Y todas me adulaban con gestos de cariño y frases halagüeñas, persuadiéndome las viejas á que regalara una moneda á sus chiquillos, obligándome las jóvenes á que les comprase rosas y claveles.

Sólo tú, como indiferente al asalto de que yo era víctima, permanecías á un lado, inmóvil, sin decir palabra, observándome de hito en hito con una mirada misteriosa. Seducido por tu actitud reservada y discreta, quise á tí sola comprar flores... Pero, cuando iba á darte dinero en cambio de tus rosas, encendiéronse tus mejillas y echaste á correr, dejándome perplejo.

Desde aquel momento empezó un idilio, tal vez el último idilio casto de mi juventud errabunda. Y todavía no se cual de los dos fué más tímido, gitanilla: Si el viajero á quién dijiste claramente que lo amabas con tus maneras y tus flores, ó tú, que á veces para verlo pasar, te escondías en el bosque, tras el tronco de los álamos negros. Cuando no te encontraba á mi paso, en el sitio de costumbre, mi corazón te presentía, te adivinaba oculta en la espesura, atisbándome por entre las ramas con tus ojos vibrantes como centellas.

Raras veces hablábamos, y en el fondo del bosque parecía como si los ruiseñores quisieran en sus cantos burlarse de nuestro idilio mudo, mientras que los mismos arroyuelos del camino maliciosos como nunca, en vez de pasar contando historias de sultanas amorosas, venían cuesta abajo desternillándose de risa... ¡Ah! ¡Por

qué no cambié entonces mi traje estrecho y ruin, por el traje holgado y pintoresco de tus compañeros de tribu? Quizás no padecería lo que ahora padezco gitanilla; sería feliz, aún habitando la cueva abierta en la roca suspendida sobre el Darro, en donde me invitaron á reposar una tarde tus camaradas; viviría contento, siempre al lado tuyo marchando al través de horizontes dudosos, hacia comarcas desconocidas.

Pero las sendas largas están llenas de peligros, y la mía es de esas; está sembrada de flores malévolas; entre la hierba suave que la tapiza hay redes traidoras ocultas, en sus orillas hay mares y lagos muy azules y quietos de cuyas profundidades surge, y como un beso resbala por las ondas, el cantar voluptuoso de sirenas falaces; y en todas sus revueltas existen ojos como lagos de cristal

impasible y sereno, que son prisiones de luz. En una de estas prisiones gimo encerrado gitanilla, suspirando por mi vida aventurera, por todos los paisajes en medio á los cuales he vivido, por todos mis amores y todos mis idilios fugaces de viajero sin esperanzas de futura libertad, y sin otro consuelo que el de verte al través de mi nostalgia eterna, así como te miré muchas veces en aquellos tibios y claros mediodías de Abril, descalzos los pies, humilde el vestido, en las manos un ramillete de flores frescas, las mejillas como rosas quemadas del sol, los ojos diáfanos y profundos como el cielo de Andalucía, y un clavel muy rojo, prendido en el moño, muy negro.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

Las ánforas de Epicuro

PARA «EL ALBUM DE MADRID»

I

Cleopompo y Heliodemo, cuya filosofía
Es idéntica, suelen dialogar bajo el verde
Patio del platanar. Allí Cleopompo muerde
La manzana epicúrea, y Heliodemo fía

Al aire su confianza en la eterna armonía.
Mallaya quién las penas inhumanas recuerde:
Si una sonora perla de la clepsidra pierde
No volverá á ofrecerla quien esa perla envía.

Una vaca aparece, crepuscular. Es hora
En que el grillo en su lira hace halagos á Flora
Y en el azul florece un diamante supremo.

Y en la pupila enorme de la bestia apacible
Sienten como que rueda en un ritmo visible
La música del mundo, Cleopompo y Heliodemo,

II

A saludar me ofrezco y á celebrar me obligo
Tu triunfo, Amor, al beso de la estación que llega,
Mientras el blanco cisne del lago azul navega
En el mágico parque de mis triunfos testigo.

Amor, tu hoz de oro ha segado mi trigo;
Por tí me halaga el suave son de la flauta griega
Y por tí Venus pródiga sus manzanas me entrega
Y me brinda las perlas de las mieles del higo.

En el erecto término coloco una corona
En que de rosas frescas la púrpura detona;
Y en tanto canta el agua bajo el bosquejo oscuro,

Junto á la adolescente que en el misterio inicio
Apuraré alternando con tu dulce ejercicio
Las ánforas de oro del divino Epicuro.

RUBEN DARÍO

LO QUE DICEN LAS COSAS

LA FUENTE

Un raudal de poesía cariñosa,
surge constante de los labios míos;
historias sin epílogo... amoríos,
jamores con la vida de una rosa!

Como un rumor, mi linfa caprichosa
habla de pasajeros extravíos...
En los momentos de la noche fríos,
monólogo feliz entona, ociosa...

Alboroto infantil, vaga alegría
á veces por el llanto salpicada
es la constante cantilena mía.

Si os despierta, volved á la almohada,
dejadla que suspire ó que se ría,
y soñando seguid... No dice nada.

MANUEL MACHADO

Paris Junio 99.



CORAL DIAZ

CUENTOS DEL NORTE

UN SUEÑO

Recostado en su noble lecho, el adolescente trató de reconstituir la visión pálida é intensa de su último ensueño de amor.

Le parecía estar en una sala extrañamente adornada, entre jóvenes marqueses cubiertos de emblemas antiguos y princesas vírgenes coronadas de flores de color de rosa.

Todos hablaban de los asuntos de la tierra como de asuntos antiguos y lejanos. Una mujer pálida, sobre todo, decía á los demás su historia de manera tan serena, que nadie paraba mientes en lo que á sus torturas horribles se refería.

De pronto un marqués se detuvo ante el adolescente y exclamó: «Unos han nacido para amar; otros para ser amados.» Los hombres sonrieron; las mujeres se pusieron pálidas.

¿Qué más Dios mío?... El adolescente veía las sonrisas, oía los suspiros y se perdía en la vaguedad de su ensueño, cuando una visión precisa apareció ante su recuerdo en la decoración brumosa de un jardincillo mal alumbrado.

...Rubia, sí, muy rubia; la virgen iba hacia él; iba despacio por temor de que las dos lágrimas que temblaban en sus párpados resbalaran por las mejillas.

El adolescente tímido salió á su encuentro, las notas de la orquesta venían de la sala, y en el aire volaba un aroma penetrante de polvos de arroz y de cabelleras femeninas.

Sentados en un banco de mármol, junto al zócalo frío de un fauno, entre los árboles, el adolescente y la virgen se contemplaban, sin hablarse, sin verse casi, envueltos en el velo de los deseos y de las esperanzas.

Así pasaron una hora, hasta que detrás de ellos un ruido de besos y de suspiros hizo ruborizarse á la virgen ¡oh, tan rubia! y al adolescente ¡oh, tan tímido!...

El marqués empolvado volvió á detenerse ante el adolescente y completó así su trase:

«...Otros para ser amados, pero sólo los que tienen el alma virgen.»

Entonces los enamorados se soltaron las manos, y se alejaron temerosos, del zócalo blanco sobre el cual sonreía un fauno de mármol.

E. GÓMEZ CARRILLO.

LITERATURA JOVEN

FRANCISCO VILLAESPESA

Fué un día nublado, un día gris y triste, cuando conocí al joven poeta andaluz. Me lo presentaron:

—El Sr. Villaespesa.

Su nombre fué para mí una evocación. Fué la evocación de la mañana primaveral en que leí su primer libro: *Intimidaciones*. Entonces recordé con precisión aquel día alegre y risueño, que tenía horizontes de azul y de rosa. Evoqué la Primavera y la luz y las flores y las alegrías. En el fondo risueño y alegre del cielo brillaban las alas resplandecientes de las mariposas de oro, que revoloteaban, revoloteaban incesantes, con movimientos rítmicos y ligeros. Entonces había leído aquel libro juvenil, en el que las rimas brillaban como piedras preciosas. Brillaban en él las rimas, y también brillaban las ilusiones. Era un libro de enamorado, un libro espontáneo é ingenuo.

Hablamos mucho el poeta y yo. Hablamos de proyectos, de ilusiones... El me habló también de amores, ¡de amores!

Más tarde me leyó páginas de un libro inédito: *Luchas*, un libro muy hermoso y muy valiente, en el que se habla de batallas y de vencedores y vencidos; en el que se habla de sendas doradas y luminosas y de sendas tristes, interminables sendas en montes solitarios; caminos siniestros, poblados de víctimas ensangrentadas. Yo oía con placer sus poemas vigorosos, llenos de frases enérgicas, de versos sonoros. Hablamos de todo, de maestros y de admiraciones; de Hugo y de Zorrilla, de Verlaine y de Bécquer. Y yo me complacía aún en recordar la mañana de Primavera, en que leí su primer libro, aquella mañana azul y luminosa.

BERNARDO G. DE CANDAMO.



FRANCISCO VILLALPESA

Francisco Villaespesa ⁽¹⁾

Es el Pegaso su corcel ardiente;
su fe y su juventud son su armadura;
va el verso, por espada, á su cintura
y es en su mano rayo incandescente.

Como gallardo paladín valiente
defiende la bondad y la hermosura,
y altiva muestra su gentil figura
por casco heróico, el arco de su frente.

Como defensa en el combate rudo
ciño á su brazo el reluciente escudo
y le impulso á la lid y á la victoria.

¡Volverá tremolando su bandera
y alzará su caballo en la carrera
cegados relámpagos de gloria!

SALVADOR RUEDA.

PASIONARIA

PARA RUBÉN DARÍO.

Con la cruz acuestas
como un Nazareno,
subí la pendiente. Con groseras burlas
me insultaba el pueblo.

Pero yo impasible
seguí mi sendero,

(1) Introducción al libro en prensa:
Luchas, del Sr. Villaespesa.

con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

Mi mejor amigo,
nuevo Cirineo,
en vez de ayudarme, riéndose hipócrita
en mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,
vestidas de blanco, flotante el cabello,
nuevos Judas, besaron mi rostro,
y de pálidas rosas ciñeron
mi soberbia frente, rígida y helada
como la de un muerto.

Mas las rosas espinas tenían;
las espinas mis sienas hirieron,
y la sangre regó mi camino
por mi faz gota á gota corriendo.

Sonrió la plebe;
las blancas deidades también sonrieron,
y entre lluvia de piedras y dardos
con mi cruz al hombro rodé por el suelo.

Pero me alcé altivo,
y mi larga senda recorrí de nuevo,
con la risa del héroe en los lábios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

La tarde moría;
el sol ocultaba sus tristes reflejos,
y legiones de nubes siniestras
el aire cruzaban con tímido vuelo,
cual tropel fantástico
de jigantes y lúgubres cuervos.

¿Abajo? La plebe, sedienta de sangre,
¿Arriba? Las sombras... La nada... El misterio

con el índice puesto en los labios
imponiendo á las almas silencio.

Arrastrando, herido,
de sudor y de sangre cubierto,
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo;
de la befa en la cruz me clavaron...
¡y en aplausos las turbas rompieron!

De dolor heridos
temblaron mis huesos;
doblé la cabeza, se nubló mi vista
y lloré un momento.

Pero en un arranque de soberbia, el alma
enjugó mis ojos,
y quedé de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

Tuve sed... ¡Mis lágrimas
á beber me dieron!..
Su lanza la envidia
sepultó en mi pecho.

La noche avanzaba. Bramó la tormenta,
rugieron los truenos,
y á mi altiva frente le ciñó el relámpago
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron cantando las turbas;
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,
y expiró mi alma,
igual que espiraron los titanes griegos,

con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

La piedad de un rayo,
con su *criss* de fuego,
de la cruz bendita
descolgó mi cuerpo.

Su oscuro sudario me prestó la sombra;
sepulcro el abismo me ofreció en su seno,
y en los negros brazos de la noche eterna
descendí á la mansión de los muertos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

A extraños impulsos
me alcé de mi tumba. ¡Salté de mi lecho!

En los cumbres brillaba la aurora,
y sus rayos dorados y trémulos,
penetrando á través de mis rejas
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra
al pié de los verdes rosales del huerto.

Abrí los balcones; y la pasionaria
prendida á sus hierros,
tembló, derramando
de sus blancos capullos abiertos,
áurea lluvia de perlas ó lágrimas.

Evoqué el pasado, recordé mi sueño,
y quedé un instante
del balcón apoyado en los hierros,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando á los cielos.

FRANCISCO VILLAESPESA.

EL CANTO DEL RUISEÑOR

El ruiseñor cantaba. Al comienzo fué como una explosión de alegría melodiosa, un chorro de arpegios fáciles que se despeñaban con un sonido de perlas, rebosantes contra el cristal de un *armónico*. Primera pausa. Enseguida elevóse un trino de una agilidad maravillosa; extraordinariamente sostenido, del que se desenlaza como una energía en ensayo, un arrebató de valor, un desafío enviado á un rival desconocido. Segunda pausa. Después un tema de tres notas, de una expresión interrogadora, desarrolló la cadena de sus variaciones ligeras, modulada como en una delgada flauta de caña, en un caramillo de pastor. Tercera pausa. El canto se tornó elegía, se desenvolvió en tono menor; se hizo lánguido como un suspiro, desmayado como una queja; tradujo la tristeza de un amante solitario, la desolación del deseo, de la esperanza irrealizada lanzó un llamamiento final, dolorido, punzante como un grito de angustia, y se extinguió. Otro pausa más prolongada. Entonces fueron acentos nuevos, que no parecían brotar de la misma garganta; y eran unas veces humildades, tímidos, imploradores, y eran otras semejantes á murmullos de pájaros recién nacidos, á pios de pequeños gorriónes. Luego con una flexibilidad admirable, estos acentos se transformaron en un tur-

bión de notas cada vez más compactas que deslumbraban en chisporroteos de trinos vibraban en trémolos ofuscantes, ductilizándose en periodos audaces descendían, se elevaban, enlazándose en alturas prodigiosas. El cantor se embriagaba con su canto. Con pausas tan breves que dejaban á las notas apenas el tiempo de extinguirse exparcía él su embriaguez en una melodía sin cesar variada, apasionada, y lánguida, rota y vibrante, ligera y breve, entrecortada de pronto por débiles gemidos y súplicas quejumbrosas, de pronto por bruscos arrebatos líricos por supremas abjuraciones. El jardín parecía escuchar, el cielo parecía indicarse sobre el árbol venerable cuya copa abrigaba al poeta invisible que derramaba aquellos torrentes de poesía, y Floresta tenía una respiración profunda y silenciosa.

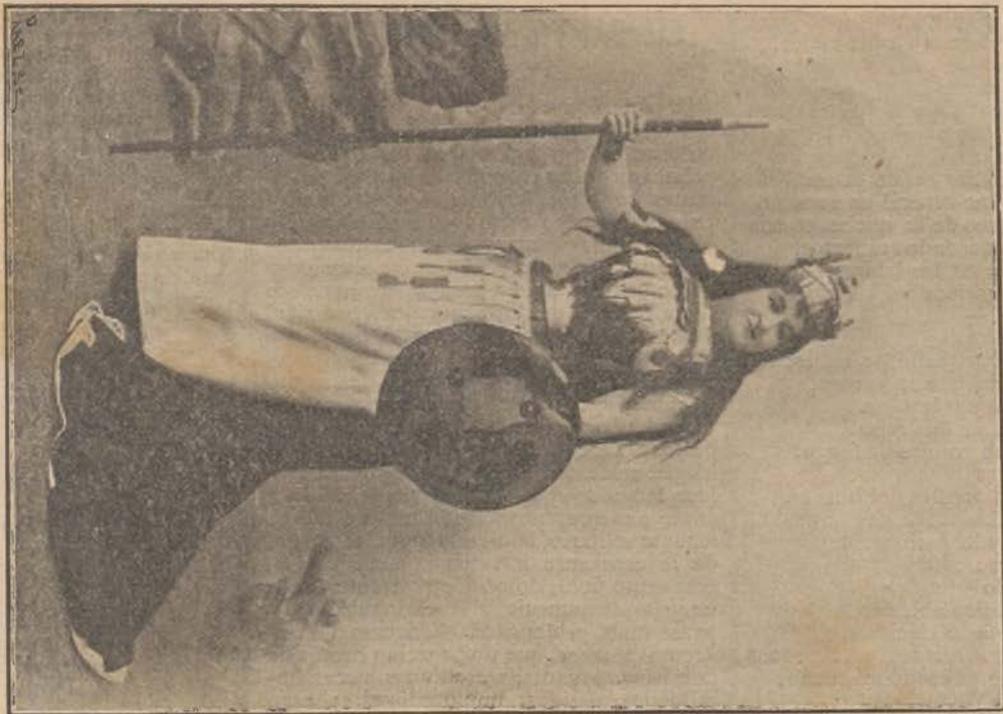
GABRIEL D'ANUNZIO.

Tristeza y Lirios

Es Luna de las almas la tristeza...
Es la melancolía Lirio enfermo...
¡La Luna es como un Lirio solitario
prendido en lo profundo de los cielos!
El Lirio es el amante de las violetas...
¡Del Lirio de los cielos á los besos
entreabren sus corolas tristemente
las pálidas violetas de mis sueños!

LUIS ULLOA

JOAQUINA OLIVA





CARMEN MONTENEGRO

Diálogos fantásticos

IV

FAUSTO Y DON JUAN

Don Juan

Aquí estoy yo. ¡Ja, ja, ja, ja!

Fausto

¡Ah! ¿Sois vos, burlador eterno? ¿Qué motivo provoca vuestras risas?

Don Juan

¿De qué queréis que me ría, sino de vuestro triste aspecto y de vuestras eternas meditaciones? ¿Acaso perseguís todavía la solución de los intrincados problemas que han absorbido vuestra vida sobre la tierra?

Fausto

No, no medito ya, no busco la solución de problemas imposibles... Cayeron en pedazos los artificiosos edificios que levantó mi orgullosa presunción de sabio; sé que no existe nada encerrado en el fondo de los callados símbolos... ¡Sé que no hay nada! ¡Horrible certidumbre!.. Pero menos horrible que la duda que secó para mí el manantial de goces, que convirtió mi vida en espantoso cautiverio...

Don Juan

¡Blasfemáis, Fausto! ¡Que no encontrasteis en vuestra larga vida un solo instante de placer completo!.. ¡Que vuestro espíritu no llegó á saturarse de goce, que no os considerásteis absolutamente feliz ni aún en vuestros delirios de amor!.. ¿A quién amás-

teis entonces, desgraciado? ¿Qué naturaleza implacable y helada sirvió de marco á vuestros placeres? ¿Qué la imagen de la gentil Margarita se os aparece como animado remordimiento? ¿Qué el recuerdo de la hermosa Elena os deja fría el alma, como glacial aparición de belleza inaccesible? ¡Infeliz!.. Las risueñas imágenes de todas mis amadas, aún danzan en mi espíritu, como enjambre de rosas, que dejando sus tallos, se hubiesen animado y revoloteasen en un espacio dorado por luces de amanecer; aún hieren mis oídos sus dulces voces, como música que se escucha entre sueños; aún siento sus caricias, en torno de mi cuerpo, como aleteos de gentiles pájaros. ¿Renegáis de la Tierra?..

Fausto

¡Oh, sí! Reniego de la Tierra, morada de la desilusión y del hastío...

Don Juan

¡Tierra bendita, alcázar, para mí, de la alegría! Cuando veo á través de los espacios, cómo la luz del sol camina hacia ella, os juro que envidio á los rayos sutiles que han de acariciar su superficie, y á ser posible, envuelto entre sus dorados átomos, volvería mi espíritu á lanzarse en la atmósfera terrestre, y mi alma encarnaría de buen grado en el cuerpo arrogante de cualquier despreocupado marcebo, y tornaría á emprender con desenfado su triunfante camino, en busca de risueñas aventuras...

Fausto

¡Callad! Parece al oíros que escucho las promesas halagüeñas con que sedujo mi alma Mefistófeles... Así, entre carcajadas, me hablaba de placeres ignorados, al invitarme á abandonararte sombrío laboratorio, donde yo arrancaba á la Naturaleza sus secretos más recónditos, sus más implacables misterios... Vuestra alegría y vuestra facilidad para el placer soñé encontrar cuando cambié mi ropaje talar de sabio astrólogo por la gastada ropilla del estudiante... Pero ¡ay! que esta debió cortarse, sin duda, en el

crado paño de mi hopalanda, y entre sus pliegues quedó enterrado, pero no muerto, el germen del hastío que la ciencia había sembrado en mi corazón... Yo analizaba en los labios que se unían á los míos, en ansia de amores, el juvenil color que los sonrosaba; yo seguía, marcado por los latidos del pecho, que se unía al mío, el camino de la sangre á través de aquél cuerpo... No pudieron los rayos del sol crear para mi dicha aureolas fantásticas... ¡Que yo descomponía su espléndida belleza en combinación prosáica de materiales vibraciones! Mi corazón no pudo como el vuestro dormirse arrullado por músicas ligeras y soñar con la felicidad... Porque soñásteis, D. Juan, soñásteis en la Tierra al creeros dichoso; el corazón humano es demasiado grande para poder llenarse con mezcquinos placeres.

Don Juan

¿Soñé, soñé al creerme venturoso? ¿Soñé y tomé por dichas mentidas apariencias?... ¿Soñé? ¡Bendito ensueño! Llevado entre sus alas atravesé la Tierra, amontonando al paso rico botín de flores... ¿Soñé, decís, y en tanto vos despierto encontrábais espinas y torturas, donde yo hallé fragancias y placeres?... ¿Soñé?... ¡Soñad, soñad eternamente humanos... soñad, que si volviera á vuestro mundo este espíritu inquieto, que aun se agita entre plácidos recuerdos, volvería á soñar como otros días para gozar de nuevo las hermosas mentiras, que alegraron su camino!..

Fausto

¡Soñar! Todos mis goces fueron sueños, y cuanto más radiantes, más espantoso despertar tuvieron. ¿Qué otro nombre pudiera dar á las fugaces dichas, que surcaron mi cielo, si fueron todas ellas empañadas por el fétido aliento de la duda?

Don Juan

¿Cómo puede la duda matar las ilusiones, ni como puede resringir los goces? ¿Acaso es menos bello el azul de los cielos, por

ser una ilusión de los sentidos? ¿Acaso preguntásteis á las flores, al admirar sus vívidos colores, si residen en ellas ó si los han robado á la luz que las besa enamorada? ¿Es que amengua el encanto con que contemplásteis la lejana estrella, la duda de que acaso no son suyos los rayos con que brilla en nuestro cielo? Verdad es lo que se muestra, verdad son las risueñas apariencias, verdad la dicha, verdad la gloria... Gocé un momento... ¿Fué realidad, fué sueño? ¡Qué me importa! Que halague su recuerdo mis sentidos; que al fin y al cabo ¿queda algo de los goces verdaderos más que el recuerdo?

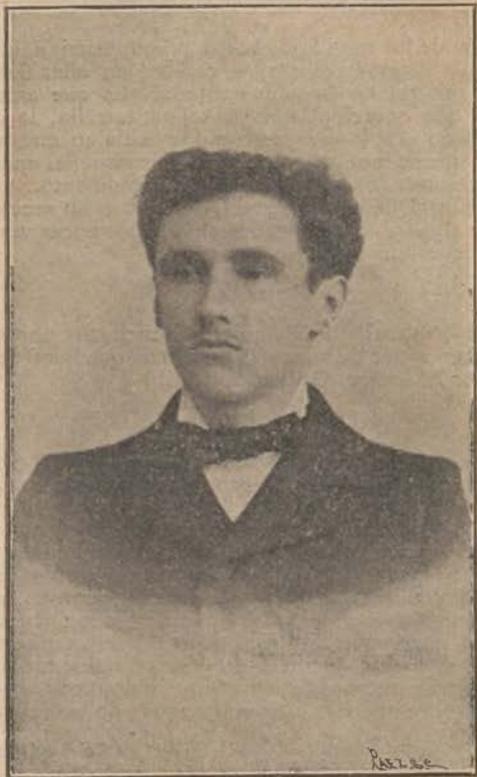
Fausto

¡Callad, D. Juan, callad! No quiero escucharos porque temo que me hagáis renegar de nuevo de la ciencia que llenó de espinas mi camino por la Tierra. Os llamé loco...

Don Juan

Y no lo dudéis, el loco fuísteis vos al despreciar los placeres y buscar la dicha en la solución de problemas y misterios... Acercaos... Cantemos juntos, cantemos la vida, la vida bella iluminada por los rayos del amor y del placer; cantemos, y que nuestras voces resuenen con misteriosos ecos que ahuyenten las tinieblas de duda y destrocen las nieblas de hastío, caldeando las almas con el hálito ardiente de la pasión. Cantemos, hermosa vida, tus excelencias infinitas, y que á todas las almas llegue, envuelto en nuestro canto, el germen benéfico de la alegría... ¡Cantemos la vida, la diosa espléndida envuelta en deslumbrador ropaje de ilusiones y caricias; cantemos su sonrisa que enloquece, su palabra que derrama sobre el corazón la embriaguez de la dicha...

G. MARTINEZ SIERRA



AMERICO LLANOS

El romance inmortal

El, la acariciaba en silencio, pensando y divagando en lo más exquisito que pudiera decirle, con las palabras más puras, con las imágenes más hermosas, con la inflexión de voz más acariciadora y profunda.

De rato en rato, suavemente, mariposadamente, la besaba. Con una mano trémula oprimía su talle admirable, y con la otra, tan pronto abarcaba sus lindas manos blancas, ó jugaba con los pendientes de oro de sus orejas.

Todo esto lo hacía con tan leve delicadeza, como si se tratara de un pétalo, de una brasa ó de cristal.

Ella sonreía, llena de una vaga angustia deliciosa, ante la perspectiva inminente de la emoción paradiaca; así como una lira, virgen de toda pulsación humana, sintiendo en el sagrario de su mente el inmaculado despertar de las músicas del amor.

Y algo, supremamente embriagador, como la apoteosis de una inmensa quimera apenas esbozada en las excelsitudes del ensueño, hacía latir su corazón más apresuradamente que de costumbre, y anegaba las dulces llamas de sus ojos, en una onda de lágrimas de dicha, y hacía flamear sobre el oriente escarlata de sus labios la más bella sonrisa de su vida.

¡Así era de seráfico el preludio inefable!

A veces ¡oh cuantas! sus pupilas se encontraban, y sondeaban mutuamente las profundidades radiosas de sus almas, hasta vislumbrar el sublime florecimiento de sus pensamientos, bajo el relámpago prolongado de sus miradas.

De esa manera, asistiendo voluntaria y conscientemente al incendio todopoderoso de sus más íntimos pudores, vieron como las llamaradas de sus pasiones devoraban sus últimas tímideces, y como al través del incienso de sus caricias, pasaba, la mística

teoría de las horas, más perfumada que la primavera que los enardecía, y más dulce que el néctar de los besos de sus bocas.

¡Y así, solitariamente juntos, soñaban coronados de éxtasis!

Y el silencio religioso que los circundaba sólo era interrumpido, de cuando en cuando, por el vuelo de seda de sus suspiros, y el tenue revolotear de algunas sílabas grandiosas; y en medio de ese embelesamiento divino, ellos sospechaban vagamente que sus corazones conmovidos recitaban unánimes el sagrado epitalamio de sus bodas, y comprendían, sin decírselo, que sobre todas las preocupaciones de sus sexos, la inmarcesible naturaleza precipitaba el instante de su victoria, como el sol sobre las montañas más altas, las flamígeras cascadas de sus días.

Hasta ayer, él la había cortejado inutilmente, hasta ayer, él había llenado de súplicas y de promesas solemnes la tibia atmósfera de las tardes primaverales transcurridas á su lado.

Y las vehementes confidencias de sus deseos augustos, y los temblorosos cuchicheos de sus esperanzas únicas, se habían ido

para siempre camino de la sombra—como las nubes viajeras bajo el firmamento diáfano que los cubría, como la espuma sobre las ondas del río que hasta ellos llevaba el murmullo de sus tumbos—sin que, por un momento, la tentación alterara la serenidad hierática de sus facciones, ni las hostias luminosas de sus ojos dejaran de absorberse, al parecer, en la contemplación de los brillantes de sus anillos, con los cuales se entretenían sus dedos.

Y hoy él, la sentía esclava, totalmente fascinada y vibrante de armonía al contacto de su ser.

Fué recién entonces, cuando sus almas gemelas, pristinamente ingenuas y leales se encontraron en idéntica latitud eléctrica; cuando sus pasiones, como dos olas flamantes ó como dos estrellas se aproximaron bajo la vasta discreción de un crepúsculo floral; fué recién entonces cuando ambos pudieron apreciar como era de saludable y de extraordinario, después de un prefacio romántico, el deleite sumo del «Romance inmortal.»

AMÉRICO LLANOS

VIDA GALANTE

—La Laura se ha suicidado
—me dijeron— se ha sabido
por la prensa, que hoy ha dado
noticia del desgraciado
suceso... ¿No lo has leído?

Yo... apenas la conocía...
Sólo recuerdo que un día
hablé con ella un instante,
y me dijo que se había
separado de su amante...

Era una pobre mujer
que rompió con él, al ver
que con otra la engañó,
y, harta ya de padecer,
un día... se suicidó...

Fué una loca... pero ha dado
esa prueba de heroísmo
al desdeñarla su amado,
que en las *hijas del pecado*
hay también romanticismo.

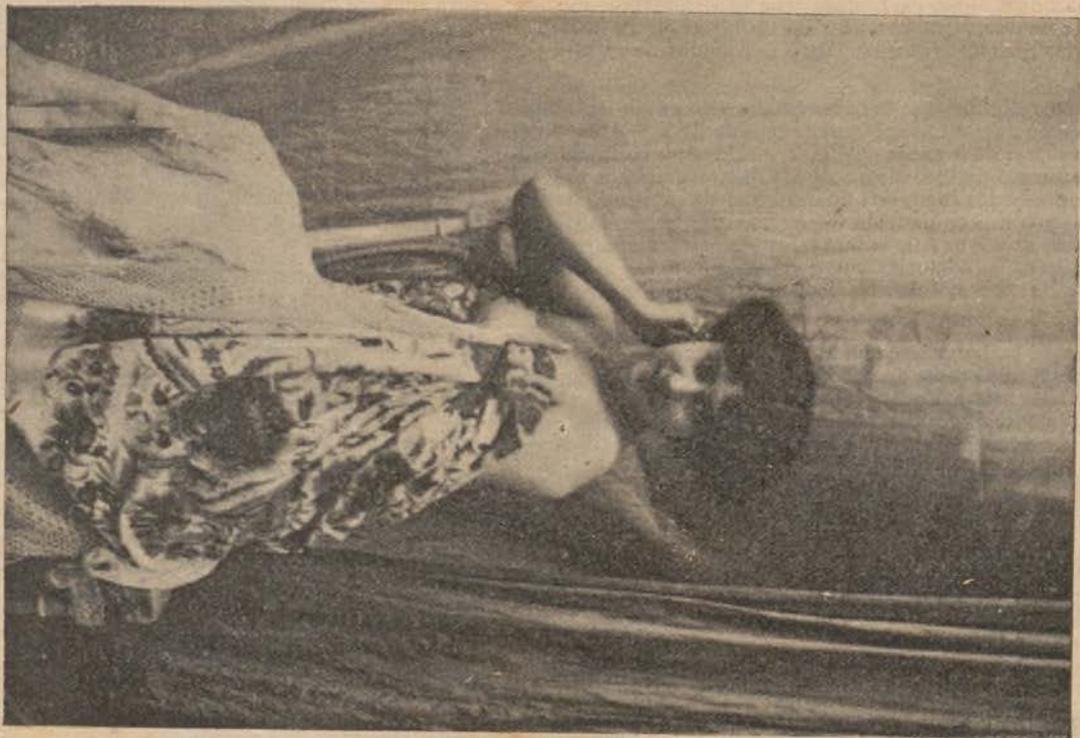
Fornos la vió en su esplendor
porque allí, en la sala aquella
pasó su vida mejor...

Yo sé de un trasnochador
que habrá de rezar por ella...

JOSÉ JUAN CADENAS.

Por ti abandoné á mi madre,
cuanto quise y cuanto quiero;
¡si no me entregas tu alma
no tienes perdón del cielo!

BELLA GUERRERO



LA ESPADA DEL POETA

Envidiosos, ingratos y traidores,
mujeres sin pudor y sin ternera,
próceres de la infamia y la bajeza;
¡almas muertas á todos los amores!

Excitan del poeta los clamores,
que en estrofas de olimpica grandeza,
al cantarlos, castiga su vileza
de la inmortalidad con los honores.

¡Oh, espada bienhechora y sacrosanta
que á su golpe benéfico levanta
hasta la humana escoria maldecida!
No es criminal tu acero ni inhumano,
pues semeja al del hábil cirujano,
¡que al herir no da muerte sino vida!

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

PRELUDIO

Para Salvador González Anaya.

Descolguemos la lira andaluza,
la lira dorada,
cuyas cuerdas son fibras al génio
de la raza morisca arrancadas,
y sus notas, cadencias y arrullos
de las frondas que ciñen la Alhambra,
y sus áureos reflejos son hébras
del sol esplendente del cielo de Málaga.

Descolguemos la lira andaluza,
la lira que canta,

las hembras morenas
de ojos negros y tez africana,
y amores de fuego
y apostura gentil y bizarra.

La magnífica lira que tiene
la armonía del piano y del arpa,
de gimiente playera andaluza
y de dulce guajira cubana.

La que evoca los tristes recuerdos
que aun dormidos agitan el alma;
la que entona la voz planífera
del dolor, la tristeza y las lágrimas,
la que al pecho acaricia y conforta
con preludios de amor y esperanza...

La que evoca las fiestas brillantes,
las nocturnas y alegres parrandas,
y amoríos y noches de luna,
y chasquidos de aplausos y cañas,
y mantones de seda y claveles
y amantes plegarias
y estallidos de risas y besos
y rumor de palillos y danzas!

Cantemos, poeta,
á compás de la triste guitarra,
las sonoras estrofas que dicta
la musa andaluza, la musa gallarda,
mezcla hermosa de virgen ibera
y de altiva odalisca africana,
que es el génio inmortal de los árabes
que dormita en la histórica Alhambra!
¡Oh, cantemos poeta, los dulces
sentimientos de amor y esperanza;
nuestra joven y audaz fantasía
se remonta batiendo las alas
por los anchos espacios brillantes
que coronan los campos de Málaga!

Suaves ecos de amor y alegría
suavemente estremecen el alma;
ritornelos de días felices,

realidades de dichas soñadas,
como arrullo de brisa nocturna
que gime y se duerme temblando en las ramas.

La naciente y azul primavera
brisas nuevas aporta en sus alas:
y nos brinda su dulce armonía
la lira andaluza, la triste guitarra.

Nueva sangre en las venas circula;
nuevo brío palpita en las almas;
el amor y el deber nos esperan;
la fe nos impulsa, la gloria nos llama!

RICARDO DE LEÓN Y ROMAN

Plegarias

Acaba el día y las aireadas de viento,
que convierten en hojarasca la frondosidad
de los añosos árboles, lleva en sus alas las
amortiguadas notas, del nemoroso cántico,
que á lo lejos salmodian las sirenas.....

Calleja arriba, sube, al atardecer, el
pastor, arrancando á la dulzaina suavísimas
melodías, añoranza de las inefables
dulzuras del placer perdido.....

Sobre la ramada que sirve de nimbo al
suntuoso casal donde moran las ninfas del
dolor, el eterno mensajero de la primavera
entona, despidiéndose los melancólicos
cantos de voluptuosidad.....

La noche extiende por el firmamento su
manto de azabache y en la tierra cesan los
cánticos, salmodías y melodías que simbo-
lizan eternamente los pájaros, las ninfas y
los pastores.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO.

Américo Blanos

Dicen los que le conocen que su nombre es un enigma, y su vida un misterio. Comienza hoy la subida del Arte y es en la nueva generación de América, entre los «cadetes» de su Gascuña ideal, de los primeros. Imaginación vivísima, produce en la exaltación de sus nervios, versos y prosas que denuncian una singularidad característica. Ha sido su juventud martillada por el sufrimiento, lo que ya es una consagración al ideal soñado. Lo que hoy empieza á dar esa primavera augura lo que se cristalizará su obra de fundamento cuando llegue lo macizo de la existencia.

B D A

Nuestros grabados

La bella Guerrero.—Hierática, activa, sonriente; Rosario Guerrero, se muestra ante el público, segura de antemano de su victoria, orgullosa discretamente, mirando con ironía, los labios siempre entreabiertos. Es de talle delgado y de silueta larga, demasiado larga quizá...

Comienza el baile y el público sugestionado por sus refinamientos de artista, aplaude unánimemente.

Coral Díaz.—Acaba de debutar en Maravillas, y allí, como en Eldorado, admirarán los que la vean su encantadora voz y su singular belleza.

Luisa Gilboni.—Interpretó *La Walkyria* con lisonjero éxito, y su talento y su hermosura, fueron sancionados por el público de *el Real*, con las más francas demostraciones de regocijo.

C. Montenegro y J. Oliva.—Contribuyeron con la anterior al éxito de la celebrada obra del maestro alemán.

¡UNA SANTA!..

Yo conocí una doncella,
tan discreta como bella,
citada en su juventud
como la más clara estrella
de acrisolada virtud.
Siempre grave y recogida,
jamás tuvo, arrepentida,
que reprocharse un exceso,
que no concedió en su vida
ni una sonrisa ni un beso;
y aunque el amor la asedió,
ni á su gracia tentadora
ni á su astucia se rindió,
pues para ella no sonó
el temido cuarto de hora...
Pantanos y lodazales
holló, buena entre los buenos,
sin salpicar sus cendales
con pensamientos obscenos

ni pasiones mundanales,
y ejemplo de austeridad,
murió con cristiana unción
en olor de santidad...
y fué una santa en verdad...
¡no tenía corazón!..

RAMÓN GODOY Y SOLA

Coplas.

La canción de los amores
es la canción que yo entiendo:
no tiene más que una escala
hecha con notas de besos.

Traición con traición se paga,
y tu me fuiste traidora,
¡mira si tengo conciencia,
cuando te dejé por otra!

¡Ház lo que tú pienses,
di lo que tú quieras,
pero no te olvides de mis esperanzas
ni de tus promesas!

SALVADOR G. ANAYA

Encargado exclusivo de la venta de ALBUM, en Madrid, Fidencio Isar, Puerta del Sol núm. 14.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
ILLANUEVA. 17